

RETÓRICA Y TRADUCCIÓN

Carlos MORENO HERNÁNDEZ

(Madrid: Arco Libros / 2010, 264 págs.)

Aunque la retórica ha prestado atención a la traducción desde sus orígenes clásicos, no se puede decir que abunden los trabajos que aborden las relaciones entre ambas disciplinas, y menos en el ámbito de la traducción. El libro que reseñamos nace precisamente con el propósito de reivindicar la importancia y la conveniencia que una recuperación del saber retórico puede tener en los estudios de traducción, en especial para el traductor literario. Se conjugan así dos intereses muy fructíferos en los últimos años: los estudios modernos sobre teoría y práctica de la traducción, y los de retórica, afirmada ya de manera incuestionable como ciencia general del discurso capaz de afrontar las más variadas formulaciones textuales.

El libro *Retórica y traducción* resulta básicamente de la compilación de artículos y trabajos sobre este tema, algunos inéditos, pero la mayoría publicados previamente por el profesor Carlos Moreno Hernández en distintos medios y revistas especializadas, que ahora tenemos la oportunidad de leer de manera unitaria con una bibliografía conjunta. La variedad temática, de enfoques, tono y profundidad de los distintos capítulos se organiza en función del orden cronológico de los textos analizados. Berceo, Alfonso X, don Juan Manuel, Juan Ruiz, Boscán, Feijoo, Bécquer, Larra y Marsé son al-

gunos de los protagonistas, que sirven para hacer de forma paralela algunas calas en los distintos géneros literarios. El resultado es una mirada amplia sobre algunas de las cuestiones teóricas que a lo largo de nuestra historia literaria han determinado una seleccionada muestra de textos con la que ilustra traslaciones, traducciones, adaptaciones o interpretaciones que tienen otra lengua como punto de partida, desde el nacimiento de las literaturas románicas a la literatura española más reciente. En ellos se enfoca la problemática de la traducción como ejercicio retórico de sólida raigambre clásica, cuya pervivencia a lo largo del tiempo es rescatada y analizada en una hábil conjunción entre teoría y práctica.

Ya desde las páginas introductorias de la obra se muestra de qué manera se hallan interconectadas históricamente traducción, retórica y literatura desde sus orígenes, a partir de las implicaciones que las nociones de oralidad y escritura tienen en el propio concepto de literatura y de traducción. Retórica y literatura comparten una oralidad primigenia, transformada luego en una oralidad secundaria que depende de un texto escrito con antelación y de unas reglas particulares de composición y ejecución.

En el ámbito clásico, frente a una cultura griega en la que triunfa la interpretación sobre una traducción apenas existente, el bilingüismo romano supondrá el gran triunfo de la traducción, sobre todo como ejercicio retórico de imitación de modelos griegos, cuyo esquema se verá repetido en las literaturas románicas con respecto al latín. Estas producciones configuran a partir del siglo XII un lugar privilegiado en el estudio de la traducción retórica de textos latinos o árabes en sus diferentes grados, desde los enfoques más literales a los más libres que buscan la superación del modelo original. Así lo vemos en los tradicionales *progymnasmata* y en los distintos modos de traducir de los que habla Vives: *interpretatio*, *paráfrasis* y *aemulatio*, cuando a partir del Renacimiento se afianzan las conexiones entre retórica, traducción e interpretación. Y ya saltando hacia el XX, siguiendo la terminología del israelí Gideon Toury, la tendencia hacia la *adecuación* (mayor fidelidad al texto fuente) en unos casos, o a la *adaptabilidad* (mayor aproximación a la cultura meta), en otros, suponen todo un abanico en el que no siempre resulta fácil diferenciar con nitidez entre traducción, adaptación y creación, y en el que son determinantes, aparte del concepto de traducción imperante en cada época, las relaciones de dominancia o igualdad entre las lenguas implicadas.

En el primer capítulo del libro, «Retórica, traducción e historia literaria», el autor argumenta una de las ideas centrales de la obra, sobre la que se vuel-

ve en otros momentos: la conveniencia antes mencionada de una competencia retórica y filológica en el traductor literario. A los indiscutibles conocimientos filológicos necesarios en la traducción literaria, aún más evidentes si se trata de textos clásicos, la retórica suma una técnica secular que tiene en cuenta el proceso interpretativo que supone toda traducción. Conecta con ella en la reelaboración y reordenación de la materia por medio de las categorías modificativas de la *elocutio* (adición, sustracción, transposición y sustitución) presentes en toda traducción, o en los procedimientos de la *compositio* (colocación de palabras, tipología oracional...), donde reside la verdadera especificidad del traductor. Por otra parte, no hay que olvidar que la traducción fue un extendido ejercicio retórico de reproducción variada de autores y modelos literarios, de la llamada *imitatio auctorum*, que incluía la traducción y la paráfrasis en sus distintos grados por medio de las mencionadas operaciones modificativas.

En el libro encontramos trabajos de carácter más teórico, como los iniciales, en los que tiene su espacio el conocido ensayo de Ortega «Miseria y esplendor de la traducción» (1937) o las teorías sobre la traducción de Schleiermacher y Goethe, en los que se trata de las conexiones entre gramática, retórica y traducción y de la traducción como forma de imitación. Pero el grueso de la obra está constituido por otros estudios de enfoque mucho más práctico. El capítulo cuatro, por ejemplo, que examina con detalle las relaciones entre juglaría, clerecía y traducción como base de los orígenes de la literatura castellana, es una interesante introducción teórica que sirve de punto de partida para entender mejor el análisis que hace a continuación de uno de los milagros de Gonzalo de Berceo. Los nuevos textos no dejan de ser en un grado u otro traducciones, legitimadas primero por el prestigio del latín del que proceden, y después, por el terreno creciente que va ganando el castellano en los talleres de traducción de Alfonso X. Prueba de ello es el milagro «El clérigo y la flor», en el que explica el tratamiento que hace Berceo de la fuente latina, al analizar cómo se vale de la técnica retórica de la *amplificatio*, en tanto *dilatatio* o dilación de la materia (ampliación por adición o supresión de elementos adaptados al contexto) y en el sentido propio de realzar o sobrevalorar una idea, centrado aquí en la figura de la Virgen.

En otro capítulo, el caso de Alfonso X sirve para acercarnos a la problemática de las traducciones basadas en otras traducciones y a la actualidad de los métodos de traducción colectiva de la Escuela de Toledo, cuando traducir se convierte en sinónimo de *romançar*. Aprender a escribir en romance es en gran medida aprender a traducir. De ahí, que se pueda decir que el castellano surge en sentido estricto como lengua de traducción.

Por su parte, Juan Ruiz y el infante don Juan Manuel ilustran muy bien el concepto de *aemulatio*. Se valen de cuentos traducidos y/o adaptados de diferentes originales con técnicas de la retórica judicial para persuadir por medio de la *narratio*. *Exemplum* y apólogo funcionan como soporte básico de la persuasión literaria. Las distintas versiones que se van comentando nos muestran la particular utilización que hacen los dos autores de la fábula *El zorro y el cuervo*, y cómo don Juan Manuel la reelabora y logra superar a su modelo. Este proceso queda iluminado si atendemos a la *expolitio*, recurso retórico que designa el acabado, el retoque de un pensamiento con el fin de darle más efectividad argumentativa al texto.

El salto al Humanismo lleva al cambio sustancial que se produce de la traducción vertical, propia de la Edad Media, a la traducción horizontal entre lenguas vivas y equiparables a la búsqueda del esplendor literario. La traducción que hace Juan Boscán de *El Cortesano*, de Castiglione, es un caso admirable de traducción flexible como ejercicio de estilo que, sin apartarse del original, lo recrea y adapta.

Otro de los capítulos más interesantes es el que habla del papel de la traducción en la configuración del *Quijote*, de la actualidad de su multiculturalismo, y del original desdoblamiento que se produce entre el autor Cide Hamete y su historia en arábigo y el morisco aljamiado al que un segundo autor pide la traducción de los cartapacios «sin quitarles ni añadirles nada». Del juego novelesco ideado por Cervantes resulta un tipo de escritura muy próximo a la del traductor literario, en el que parodia y traducción son dos formas de imitación que tienen mucho en común. En la cadena de manipulaciones del personal planteamiento ficcional de la obra cervantina el fenómeno de la traducción se articula como transposición de algo vivo que enriquece su perspectivismo. La obra literaria es también traducción, no sólo a partir de un lenguaje original, sino de cualquier otra obra que rehace o interpreta desde la libertad del lector para juzgar de acuerdo con sus propias coordenadas culturales.

Los grandes divulgadores del conocimiento en el siglo XVIII español, Feijoo y Sarmiento, representan un nuevo uso de la traducción ensayística sobre temas de actualidad en el sentido de versión o adaptación simplificada de publicaciones foráneas difundidas en la prensa periódica. No queda lejos de estos planteamientos la particular defensa que hace Larra de la traducción como adaptación a las costumbres del país receptor, sobre todo si se atiende al género teatral. Sobre este género destaca precisamente el cuidado que requiere la traducción de déicticos, como lo corroboran varios ejemplos de distintas traducciones del *King Lear* shakesperiano.

De mayor interés filológico es el trabajo que estudia el proceso que culmina en la rima XIII de Bécquer. La idea de imitación en su sentido retórico como reproducción variada y modificada de modelos literarios en sus diferentes grados, pasando por la traducción y la paráfrasis, explica el documentado recorrido del motivo de la muchacha que llora, desde el poeta árabe del siglo IX Ibn Rumi a Bécquer, pasando por sus relativamente recientes traducciones al latín, al inglés y al español, además de la versión que realizara Byron. El análisis comparativo de Byron y Bécquer muestra de qué manera la canonicidad de estos textos depende del acierto en las variantes retóricas de traducciones poéticas basadas en la imitación. Es la capacidad de emulación lo que distingue a ambos autores y los sitúa por encima de sus modelos, de sus traductores e imitadores.

El libro se cierra con una reflexión sobre el contexto bilingüe de la Cataluña actual sobre la novela en castellano que Juan Marsé dedica al tema, *El amante bilingüe* (1990), en la que aborda las controversias lingüísticas suscitadas por la novela.

El resultado es, pues, el de un conjunto variado de trabajos, en el que se agradece el protagonismo concedido a los textos como ejemplos clarificadores de los presupuestos teóricos. El origen académico del libro, orientado a las clases impartidas por su autor a los estudiantes de Traducción, enriquece sus planteamientos, trasciende el campo de la traducción y se amplía a los interesados en los diferentes autores, periodos o géneros que aquí se analizan, a los retóricos y humanistas en general.

Nos agrada encontrarnos con trabajos de este tipo, en otras épocas innecesarios, pero que en los tiempos modernos quedan plenamente justificados cuando rescatan del olvido las aportaciones de la retórica clásica. Un atractivo punto de partida para posteriores estudios que iluminen nuestra literatura con los viejos procedimientos retóricos, que, usados de forma más o menos consciente, no han perdido en absoluto su vigencia. La traducción, como la literatura, como la retórica, ganan sentidos entendidas en su contexto histórico, y enriquecen sus ámbitos cuando son vistas desde disciplinas hermanas.

Rosa María Aradra Sánchez
UNED

